

Vivir en la nube

Gonzalo Soltero

ESTABA DE VIAJE. Pasé a un café Internet. Introduje mi unidad de memoria USB a la máquina para descargar algo. Dos horas después de salir recordé, con un escalofrío de horror, que no había extraído el pequeño aparato. Una parte de mi vida existía nada más en esa unidad. Perderla significaba extraviar esos archivos para siempre. Regresé corriendo al café Internet y le dije a la dependienta una frase histórica: “Señorita, olvidé mi memoria”. Por suerte ahí seguía, pero luego tuve que ir a otro café para digerir las implicaciones de semejante afirmación: olvidar la memoria no como un episodio amnésico, sino como un evento preciso, vinculado a la tecnología y nuestra relación con ella.

Estuve muy cerca de comprobar dolorosamente la segunda Ley de Schofield, según la cual: “Si la información no existe en al menos dos sitios de manera simultánea, no existe: se trata de una ilusión”. Unos años más tarde resulta evidente que episodios como éste pronto se convertirán en cosa del pasado, curiosidades prehistóricas como los disquets de 5¼ que la mayoría de quienes actualmente usan computadoras no habrán visto en su joven vida. Esto se debe a que nuestro trabajo y lo que ocupa nuestro tiempo libre (música, películas, libros, juegos) ocurre de manera cada vez menos tangible.

Hasta hace poco la ubicación de la información digital no era tan diferente de la materialidad que nos caracteriza. Buscar un documento o una foto en distintas carpetas era el equivalente computacional de buscar las llaves en un cajón o los bolsillos de la ropa. Ahora la mayoría de esos

datos estarán cada vez menos en tu computadora y en unidades de memoria transportables (como ésa que estuve a punto de perder), y cada vez más en la nube del ciberespacio. Es como si las llaves comenzaran a dejar de ser necesarias porque ahora habrá un modo siempre disponible de acceder a la casa o de encender el coche.

La expresión “nube” proviene de cómo se representa la red en los diagramas de computación. Cualquiera que use Internet tiene archivos allá arriba. En una cuenta de correo gratuito los mensajes se almacenan en la nube, lo mismo que las fotos en redes sociales como Facebook. Cualquier aparato que se pueda conectar a Internet puede acceder a la misma base de archivos, aplicaciones y capacidad de almacenamiento. Además del uso como bodega virtual, los programas también se utilizan de manera remota y gratuita. Así sucede con Google Docs, que da acceso gratuito a programas similares a los de Microsoft Office: procesador de palabras, hoja de cálculo o manipulador de presentaciones. Los archivos que ahí se crean se pueden editar en equipo de manera simultánea desde cualquier ubicación, y aunque son descargables a tu computadora también se quedan en la nube de Google.

Trabajar allá arriba desde el explorador de Internet es más económico, pues no es necesario comprar licencias de paquetería adicional y se utilizan menos recursos del sistema. Tiene además ventajas adicionales: un ejemplo es que no todos los procesadores de palabras permiten convertir archivos de texto a formato PDF, por lo que se necesita conseguir adicionalmente Adobe Acrobat. Desde Google Docs esta conversión se hace sin costo y por medio de dos clics. También puedes ver las presentaciones en Power Point que te mandan por correo sin necesidad de este programa, lo cual reduce

el riesgo de virus y elimina las musiquillas aborrecibles que generalmente acompañan a las imágenes.

Otra aplicación muy útil por su sencillez es Evernote, que sirve para tomar notas y archivarlas a través de la nube. La de “notas” es aquí una categoría amplia que puede referirse lo mismo a textos, fotografías o mensajes de voz. También si estás navegando en Internet y ves una página que te interesa pero andas sin tiempo, nada más necesitas seleccionarla y la puedes llevar contigo para leerla después, aun sin conexión a Internet. Esto funciona muy bien para los apuntes que son demasiado breves para el Kindle o que se necesitan editar desde el dispositivo móvil (lista de pendientes, del súper, gastos, metas en la vida, etc.). Dropbox, mientras tanto, es un servicio que permite llevar de manera semejante todo tipo de archivos, compartirlos con otros usuarios y tenerlos de manera simultánea en varios aparatos, así como en una carpeta virtual de este mismo sitio.

El lanzamiento más sonado a últimas fechas en la nube es iCloud de Apple, que permite tener tu contenido de manera simultánea y automática en todos tus dispositivos (computadora, teléfono, iPod, iPad). Entre sus beneficios estará un respaldo permanente y actualizado de todo lo que hayas descargado mediante iTunes. La memoria que otorga es de 5 gigas; no es mucho, pero toda la música y apps compradas en su tienda, así como tus fotos, no se cuentan dentro de esa



capacidad. También promete respaldar las canciones de tu colección que no hayas comprado en su tienda, pero que estén disponibles en ella. Con más de 18 millones de canciones, una buena parte debe ya estar ahí.

Esta inasible copia de seguridad tiene muchas ventajas. A estas alturas he dedicado a mi biblioteca de iTunes una cantidad de tiempo considerablemente mayor a la que me tomó mi tesis de maestría. La paranoia de perder ese acervo es tal que mantengo respaldos en discos duros externos bunkerizados en distintas locaciones a kilómetros de distancia. Daniel Saldaña París elaboró el luto de la catástrofe que puede significar una pérdida de este tipo:

...cientos de horas de recogimiento revertidas por un golpe de suerte, por una confabulación romana, por un descuido imbécil. [...] Los 65 gigas que ocupaban mi iPod se han ido para siempre en un brusco parpadeo. Quedan atrás las grabaciones sin respaldo de mis lecturas predilectas, los cientos de discos que, como un aplicado copista, fui vertiendo en la grafía de los bytes durante meses (bit.ly/jstfxN).

Pérdidas menos trágicas podían ocurrir también con cambios tan superficiales como actualizar la versión de iTunes. Todas las listas de canciones de mi viejo iPod, que también llevaron labor de filigrana artesanal en

su elaboración, se negaron a mudarse al nuevo aparato a través de una computadora también recién desempacada y la más reciente actualización del programa. Ahora cuido ese viejo iPod como el último objeto de una civilización perdida; incluso he pensado solicitar asesoría al INAH.

Ahora en un caso semejante, o ante un robo o extravío, con sólo dar tu nombre y contraseña de Apple todo el contenido se reestablecerá desde la nube a la máquina, ya sea nueva o recobrada: tus datos personales, música, fotos y apps aparecerán como si siempre hubiesen estado ahí.

La nube de Internet se expande incontenible y proporciona muchas ventajas, pero eso no impide la posibilidad de nuevas complicaciones. Si no hay red o se cae el servidor que tiene tus archivos, no se puede trabajar. Tampoco hay garantía de que esa información se almacene de manera permanente, o se pueda acceder a ella en el futuro. Los usuarios pueden también arriesgar su privacidad al entregar sus datos e información personal a compañías en otros países, casi siempre sin leer los términos en que lo hacen. No es fácil migrar la información de un sitio de la nube a otro, y si una de estas compañías quebrara, los resultados podrían ser una nueva pérdida de memoria de proporciones celestiales. En el peor escenario posible, esta nube también se puede poner negra. ■■

